

DICIEMBRE

- I -

Aspecto natural

Con sobradísima razón dejó de ser *Diciembre* el *décimo* mes del año, como lo era en la antigua Roma, según nos advierte su misma etimología, y con harta razón también, aunque ya con impropio nombre, descendió al puesto de duodécimo o último de los meses.

Dígolo, atendiendo a que, tras la melancólica agonía del Otoño, la Naturaleza llega en los postrimeros días de Diciembre al extremo grado de empobrecimiento y fealdad, por lo menos, si se la mira desde ésta nuestra viejísima Europa que, durante miles de años fue (¡vergüenza da pensar en ello!) el *únicomundo conocido* en unión de tales o cuales regiones del Sudoeste de Asia y de las costas del Norte y Nordeste de África...

Ocasión oportuna parecería la actual para discurrir horas y horas acerca de lo muy reciente que es nuestro aún no entero conocimiento del globo terráqueo... ¡Menos de tres siglos hace que toda América, desde los Esquimales hasta el Cabo de Hornos, y casi todo el Continente de África, y toda la Oceanía, y por ende la inmensidad del Atlántico y la aún más extensa del Pacífico, es decir, casi toda ta redondez del Planeta habitado por la humana especie, era un profundo *misterio geográfico* que ni tan siquiera se presumían las orgullosas Universidades cristianas, como tampoco lo habían presumido las soñadoras Academias gentílicas!... Pero dejemos tan humillantes consideraciones, que en nuestra modestia y humildad nunca olvidamos los verdaderos filósofos de este pobre átomo del Universo, y fijemos la espantada vista en el aspecto físico de la Naturaleza europea durante el mencionado mes de Diciembre.

Con sobradísima razón, vuelvo a decir, se ha establecido en nuestros almanaques que entonces es cuando verdaderamente termina el año; pues no me negaréis que, si careciéramos de experiencia y de memoria, únicos fundamentos de la esperanza, todos juzgaríamos llegado el fin y remate del mundo, al ver el suelo cubierto de nieve, helados los ríos, sin hojas los árboles, muertas las flores y ausentes o callados los pájaros... «El Sol se va... La Tierra se enfría... El agua se convierte en piedra... La vegetación

desaparece... Se acerca el día del Juicio final...», gritaríamos con hondo pavor, creyéndonos en la situación descrita por lord Byron en *Las Tinieblas*, a no saber, como sabemos, que, habiendo emprendido el Sol la vuelta a nuestra zona desde el Trópico de Capricornio, por donde anduvo los días del mal llamado *solsticio*, muy luego tendremos nuevas violetas en las umbrías y naranjas y limones en las solanas.

Entre tanto ¡oh dolor! la inopia de los hijos de Adán, en punto a postres para sus almuerzos y comidas, no puede ir más lejos... El dórico mantel parece cubierto de pastas momias... El tieso orejón y la arrugada ciruela-pasa, la cautiva nuez y la tostada almendra, el proscrito dátil y los enfadosos dulces de la confitería, reemplazan en los fruteros sin adjetivo a las alegres fresas de Mayo, a las brillantes cerezas y guindas de Junio, a las hinchadas brevas de Julio, al vistoso albérchigo de Agosto, al aromático melón de Septiembre, a la sazónada uva de Octubre y a la amarilla pera de Noviembre, salvo el abuso de aquellos sacrílegos tragaldabas que, aun en los meses denominados *mayores*, se atreven a hincar el diente a semicadavéricos frutos de cuelga, milagrosamente escapados de la natural podredumbre, bien que a costa de su color y de su fragancia!

En cuanto a los *irracionales domésticos* (caballos, bueyes, bestias de carga y ganados), sabido es que, a falta del menudo verde del otoño o de las yerbas largas primaverales, tienen que apechugar en Diciembre con la fría paja o con el heno seco, que de seguro les desagradarán tanto como a nosotros las lentejas y demás semillas cuaresmales, máxime cuando ellos no van ganando cielo ninguno en su abstinencia y sacrificio... Pero prescindamos también de reflexiones tan estrafalarias, que podrían ser muy del gusto de los evolucionistas a la moda, y continuemos pintando la fisonomía natural del pugústulo de los meses, o sea de aquél en que *el Sol le tiene vuelta la espalda a la Tierra*, si no miente el placer con que solemos decir al llegar Enero: «¡Éste es otro mundo! ¡Ya se conoce que alargan los días! ¡Ya viene el Sol de cara!».

Todos reconoceréis, en efecto, que la cortedad de los días representa el más característico rasgo de los *Diciembres* del hemisferio boreal; y divido con la línea del Ecuador los *Diciembres*, por cuanto sé que nuestros escritos de Europa son ya también leídos en el hemisferio austral, donde naturalmente todos los fenómenos astronómicos ocurren en época inversa a la de por aquí, y resultan el día de Noche Buena en pleno verano y el día de San Juan en pleno invierno; cosa que, dicho sea con perdón, no suelen saber todos, enteramente todos los literatos almanaqueros de la Península.

Digo, pues, que aquí, en nuestra decrepita Europa, los días llegan en Diciembre al *mínimum* de su duración, así como las noches al *máximum*, lo cual es otra de las causas de que, al acabar el año, parezca que se va acabando el mundo... ¡Y qué tristes son esos días tan cortos! ¡qué negras esas noches tan largas! Ni el sol ni la luna suelen lograr impedirlo, aunque a las veces se lo proponen... Espesas nieblas roban su diafanidad al aire, o densas nubes encapotan el cielo, y sólo se sabe algo de la luna y del sol por conjeturas del calendario de Castilla la Nueva... Silba entre tanto lúgubrementes el viento diurno y nocturno; y como consecuencia de ello, el mar, el proceloso mar, henchido de náufragas barcas, da formidables embestidas a la tierra...

¡Declaremos, señores, aunque sea fuera de propósito, que raya en herejía pedir, como en Madrid pedimos por Navidad, que con tiempo tan espantoso estén baratos los besugos! ¡Y, sin embargo, lo están, dicho sea en loor de la intrepidez de nuestros pescadores, cuyo debido elogio no había yo tenido ocasión de hacer antes de ahora!

Con que basta por hoy de Historia Natural.

II

Aspecto social

Diciembre tiene de común con los demás meses de Invierno una porción de cosas interesantes: las pieles de Marta del rico; los ulcerados sabañones del pobre; las noches de moda en el Teatro Real; las pasadas sin lumbre ni lecho en desmantelada buhardilla; las escandalosas sesiones de Cortes, en que Ministros y Diputados se ponen como hoja de perejil, tratando asuntos de moralidad; la indignación del infortunado obrero que, falto de jornal y con el hambre consiguiente, se pasa la tarde en la Tribuna pública aprendiendo todas aquellas historias...

Pero no creo deber continuar hablando en semejante tono; pues no están los tiempos para que nadie se divierta en la contemplación y pintura de esos fieros contrastes, demasiado sabidos ya de todo el mundo y hartos utilizados ahora en contra de la paz social, según diré más adelante... Abandono, por consecuencia, la pluma del escritor pesimista y sarcástico, y voy a coger otra más suave y consoladora que preste aliento a los caídos y contribuya al honesto recreo del alma humana.

Diciembre es el mes en que con mayor afición y empeño funcionan los centros literarios y artísticos, o sea los Ateneos, los clubs, los teatros, las Academias, etc. Allí pasan la noche, bastante abrigados, cuantos anhelan la vida del alma y buscan en el culto de lo ideal compensaciones a las desventuras del mundo de la materia... ¡Imaginémonos, pues, el desencanto de los pobres y de los inocentes, y sobre todo de los jóvenes que entran en la vida con los ojos cerrados, si en esos centros se les enseña que el espiritualismo es una locura; que no hay más realidad que la triste prosa; que el más grosero *naturalismo* constituye la *únicaverdad*, patrimonio digno del Arte, y que urge renegar de aquel otro *naturalismo* sublime, absurdamente denominado *hoyromántico*, que reconoce en la especie humana nobilísimas facultades y aptitudes superiores y extrañas al mundo físico, o sea la capacidad de sentir lo heroico, la de sacrificarse generosamente, la de ejercer la santa caridad, la de creer en un sumo Dios y la de preferir el fallo de la conciencia propia a toda sanción externa de nuestras acciones!

¡Dichosamente para la dignidad de las Letras y de las Artes, asegúrase ya, hasta en el degradado París, según nos han dicho en reciente sesión pública de la Academia Francesa, que en el mes de *Diciembre* del actual año de 1887 terminará el pontificado de los Zola, Goncourt y demás profanadores del buen gusto, por haberse verificado ya la

deseada reacción contra lo vulgar, lo indecente, lo feo, lo pornográfico, lo sucio en todos sentidos, y haber vuelto la mismísima Francia a tener hambre y sed de poesía, limpieza, castidad e idealismo! ¡De ver será, pues, en Enero próximo, lo chafados y mustios que se quedarán aquellos escritores que en naciones tradicionalmente soñadoras, como la nuestra, han gastado el tiempo y el papel plagiando desabrida y desgarbadamente las porquerías, algo ingeniosas en medio de todo, de las más infames novelas de París, o sea tomando los caprichos de la voluble moda francesa por cristalización y forma definitiva de la Literatura contemporánea!

Pero hablemos también un poco de las Academias y del Teatro. De las Academias, especialmente de la *Española* y de la de *Bellas Artes*, que son las relativas al punto de que tratamos, sólo cosas buenas tengo que decir, puesto que guardan los debidos respetos a la espiritualidad del hombre, y no tendrán nunca que arrepentirse de haber transigido ni tan siquiera un día con las abominaciones mencionadas. Mas, por lo que toca al Teatro, si bien nuestro público lo ha contenido, en fuerza de un consuetudinario pudor, dentro de los límites de la pulcritud, no negaremos que ha delinquido contra exigencias más elevadas de la Moral, rindiendo tributo a teorías disolventes en lo respectivo a las leyes sociales, y olvidando los nobles ejemplos dados por Ventura de la Vega, Ayala y Tamayo en *El Hombre de mundo*, *El Tejado de vidrio* y *La Bola de nieve*, para entregarse a la promulgación de todo género de absurdos, basados en el crimen y la impiedad.

Y dicho esto, volvamos a nuestro primitivo tema, que es, según recordaréis, el mes de *Diciembre*, y estudiémoslo, si no lo lleváis a mal, bajo su “aspecto religioso”...

III

Aspecto religioso

No se tema que, llegado a este punto, me deje arrastrar de ciertos sentimientos propios y parafrasee lo que ya escribí hace muchos años respecto de la *Noche Buena*, ni menos se recele que vaya a comentar devotamente el *Año cristiano* en lo relativo a otras festividades eclesiásticas. Me reduciré, por el contrario, a lo meramente popular y nacional, para hablaros de la forma y modo en que se celebran algunos santos de Diciembre; con lo que mucho ganará, cuando menos, la originalidad del presente artículo.

El día 4 es *Santa Bárbara*, virgen y mártir, que, por una sucesión de hechos meritorios, pero incoherentes, ha venido a ser en España patrona y abogada de los Artilleros. Dedícanla, pues, solemne función los Jefes y Oficiales de este Arma, y en el sermón correspondiente salen a relucir, como es natural, Daoiz y Velarde, ínclitos héroes del 2 de Mayo de 1808, y honor y gloria de nuestra Artillería. Por ésta y otras razones, durante el resto de Diciembre, menudean las visitas del público al Museo del benemérito Cuerpo, donde hay mucho que ver y que admirar, distinguiéndose, entre otras cosas auténticas, la tienda de campaña del Emperador Carlos V y la que fue del Príncipe Muley-el-Abbas durante nuestra última guerra en Marruecos.

Es cuanto puede interesaros saber ahora sobre la vida milagrosa de Santa Bárbara. No diréis que he abusado de vuestra paciencia y patriotismo.

Y a propósito de Artillería: El 8 de Diciembre, al amanecer, despierta a los madrileños el estampido del cañón, cual si a las puertas de la Corte se riñese alguna batalla campal. Pero no es eso: es que comienza el día de la Purísima Concepción, *Patrona de las Españas*, que se decía cuando había en el mundo más de una España, como se dice hoy en la *Guía de forasteros* «Emperador de *todas las Rusias*.»

Por lo demás, y reduciéndonos a la España de la Península, fuerza es reconocer que lo del patronato o padrinazgo no está mal discurredo, dado que siempre hubo grandes concomitancias entre la Santa Virgen y nuestra Nación. Recuerdo, por ejemplo, que la Virgen del Pilar de Zaragoza tiene los tres entorchados de *Capitán General*; que la Virgen de los Desamparados de Valencia está condecorada con el Toisón de Oro y posee el bastón de mando de D. Alfonso XII, y que otras célebres Vírgenes españolas llevan la Banda de María Luisa... ¡Pues nada digo de las advocaciones de la Virgen del Carmen y de la Guadalupe y de la Montserrat!... ¡Tuviera yo a mi lado quien refrescara mi memoria, y mucho más diría acerca del asunto! Pero, sea como fuere, quede establecido que la Virgen María, ya que no es natural de España, está *naturalizada* en nuestro patrio suelo, cuya parte más esplendorosa y bella se llama por algo *la tierra de María Santísima*.

Continúo. Desde el día de la Concepción en adelante, principian los anuncios de la Noche Buena, o sea principia el *Advientopopular*, y los muchachos callejeros, a quienes Dios bendiga, tocan tambores mañana y tarde, mientras que, en tiendas fijas o improvisadas, comienza el mercado de especiales juguetes y baratijas, de dulces y frutos, de nacimientos y de otras cosas propias de la Pascua de Navidad.

Como la Purísima Concepción es también Patrona de las escuelas, los niños de los colegios y los alumnos de las Universidades sólo piensan desde el día 8 en las futuras vacaciones, por donde en los pueblos pequeños y hogares campesinos tampoco se sueña con otra cosa que con la próxima llegada de los estudiantes.

Así pasa la medio fiesta de *Santa Lucía*, abogada de la vista (fecha de gran importancia en las patriarcales casas de otros tiempos, por los amasijos y otras tareas que se empezaban entonces para surtir de roscos, mantecados, alajú y tortas las respectivas despensas), y así llega el gran día de vigilia, que es a la par el de la comilona clásica del año; así llega, en suma, el celeberrimo día de Noche Buena, tan festejado hoy por muchos pueblos a pesar de todos los pesares, como se festejaba en los más devotos siglos del antiguo régimen.

IV

Las pascuas

Varias son las solemnidades que se celebran bajo este nombre.

Celébrase en primer lugar el Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, durante cuatro días, que principian en el mencionado de Noche Buena, víspera de primera clase, y continúan el 25, 26 y 27, por más que de último estado, y a petición del comercio español, el intransigente Sumo Pontífice Pío IX redujera al día 25 la obligación o precepto de oír Misa. Óyenla, sin embargo, el 26 y el 27 las *cristianas viejas* (lo cual no es lo mismo que las *viejas cristianas*), y surgen de aquí ciertas disensiones con los maridos de manga ancha (que yo llamaría de *manga perdida*), quienes las acusan de querer enmendar la plana a Su Santidad; pero ellas saben que las dispensas no son obligatorias, y resulta de todo ello que el propio marido tiene que oír también las dispensadas Misas, si no quiere que su casa se vuelva un infierno.

Lo mismo estos días que los siguientes hasta fin de año, y que los del año nuevo hasta después del de los Santos Reyes, todos los buenos españoles *se dan las Pascuas* unos a otros, por el correo aquéllos a quienes separa la ausencia, y en persona los que residen en un mismo pueblo. Las cartas que llegan a Madrid o a tal o cual ciudad de relativa importancia, vienen acompañadas del correspondiente *aguinaldo*; pero estos regalos no se pagan nunca con otros que vayan de las capitales a los pueblos pequeños... ¡Tal es el constante privilegio de los superiores! En las visitas *de presente* reina más igualdad, y todo el que *da las Pascuas* tiene opción, por ley de añeja costumbre, a recibir algún ligero obsequio en bandeja preparada para estos casos desde el amanecer de cada día.

Por las mañanas, mucho antes de rayar la aurora, hay en las Iglesias, especialmente en las de poblaciones agrícolas, función de *Pastorela*, o sea Misa de Pastores, con acompañamiento de zambombas, panderos y villancicos... Son como anuncios o recuerdos de la *Misa del Gallo* de la Noche Buena, que duran desde mediados de Diciembre hasta el 6 de Enero... y los viejos, los niños y los novios se despepitan por ir a tales funciones y aun por tomar parte en ellas... Los casados prefieren oír Misa más tarde.

Pero íbamos por el tercer día de Pascua. Celébrase después el de los *Santos Inocentes*, fecha temible en que todas las personas de buen humor se dan la *inocentada*, reducida a bromas o chascos mas o menos soportables. En los teatros suelen cambiar de ropa las actrices y los actores, y también los periódicos han heredado la gracia de divertirse este día con el público. La noche es muy aparente para bailar: de confianza, en Madrid; con buñolada, en los pueblos, y, en todas partes, con el fin de darse cuenta y explicación de las *inocentadas* que salieron bien o de las que se frustraron desdichadamente.

Llega después otra gran fiesta popular, que es la de *San Silvestre*, la del último día del año, la de la *Noche Buena de año nuevo*, así como al cabo de cinco días vendrá la denominada *Noche Buena de Reyes*, según ya os habrá referido el escritor encargado de la monografía del mes de Enero... Pues bien: en la velada melancólica de San Silvestre se echan los *años* para el futuro ejercicio, y los jóvenes, sobre todo, se afanan mucho por ver *con quién salen* y por *salir bien*, cual si hubiesen jugado a la lotería su mano y su felicidad...

En esto principian a dar las doce, y todo el mundo cuenta religiosamente las campanadas, término de un día, de un mes y de un año, cuando no lo son también de un siglo, y disuélvese la habitual tertulia, diciéndose unos a otros: «¡Feliz año nuevo! ¡Salud para verlo acabar!»

V

El fin del mundo

Como la sociedad actual tiene por distintivo y carácter la melancolía, cual si toda ella presintiese la próxima hora de su disolución, os habrán parecido insubstanciales y pueriles los recreos públicos o domésticos a que hemos pasado revista en los capítulos anteriores. ¡Es muy verdad! Esas alegrías y esas solemnidades se han hecho ya antiguas para muchísimos españoles, y hasta podría decir que para todos, si la Nación se redujese a Madrid, Barcelona, Sevilla y Valencia, cuyos infortunados hijos seguramente no las conocen sino de oídas.

¡Ah! ya no hay costumbres; ya no hay más que intereses. Todo lo tradicional ha venido en desuso, y únicamente se piensa hoy en la utilidad real de las cosas. ¡Caducaron los más sagrados respetos ideales, y el mundo va convirtiéndose en un campo de batalla, donde sólo se disputa el dinero!

Considerando, pues, que el presente artículo ha de ser el último del tomo en que verá la luz pública, juzgo convenientísimo insistir sobre estas sumarias consideraciones para que la obra de *los doce meses* no carezca de una especie de recapitulación, que tendrá por tema, no precisamente *el fin del mundo físico*, sino *el fin del mundo civilizado*, o sea lo que pudiéramos llamar mes de Diciembre de la actual sociedad europea.

Tiempo hace ya (por lo menos veinticinco años) que comencé a enunciar la apocalíptica profecía de que ese *Diciembre de los últimos diez y nueve siglos* está ya muy cercano; profecía de que hallaréis terminantes indicaciones en mis libros *De Madrid a Nápoles* y *La Alpujarra*, sin contar con otros pronósticos que figuran en las restantes obras mías. Creo yo, con efecto, aunque el vaticinio parezca exagerado, que nos hallamos en una época sólo comparable a la caída de la civilización pagana, aunque mucho más grave y peligrosa, por cuanto entonces había ya echado raíces el Cristianismo en varios pueblos de Oriente y de Occidente, mientras que ahora no se vislumbra ni se cree posible o natural que ninguna creencia nueva sustituya en bastante tiempo al régimen moral cristiano.

Porque no perdamos de vista que la primitiva causa, la principal, la única del gran trastorno que hoy ocurre en nuestra sociedad, es el descreimiento religioso de la plebe. No los sabios ni los filósofos, sino la masa más ignorante del pueblo, influida por los impíos del siglo XVIII y por los materialistas del siglo actual, que halagan insensatamente sus pasiones, ha dejado de tener fe en Dios y en otra vida y hasta noción

de la existencia del alma, proclamando el derecho animal a todo linaje de goces físicos, a la propiedad antes llamada *ajena*, a lo heredado o adquirido por otros seres más felices, y, en la previsión de que esto no pueda lograrse mediante un ordenado cambio en las Leyes, anuncia, predica la anarquía, la liquidación social, el nihilismo...

¿Qué falta para el triunfo de esta falange de bárbaros, perfectamente organizada en todos los pueblos de Europa y en los Estados Unidos de América? ¿Qué falta para que venzan universalmente los enemigos de toda autoridad y de toda ley, que ya son millonadas de hombres, según los recientes censos y estadísticas publicados por todos los periódicos? ¡Pues falta únicamente la *simultaneidad* en el movimiento de ataque; falta que el virus corrosivo de la disolvente doctrina acabe de trascender a los jornaleros del campo; falta que los soldados de todos los ejércitos del mundo ingresen en las filas con el propósito de volver sus armas, en un momento dado, contra todo lo constituido, contra sus Jefes, contra los legisladores, contra los Gobiernos, contra las personas ricas o meramente acomodadas, y de esta *simultaneidad*, aterradora por lo incontestable, se encargarán los clubs, los periódicos, el correo diario, el telégrafo, todos los elementos y recursos de la propia civilización!

Ferozmente lógico será tan pavoroso cataclismo: si no hay más vida que la terrenal, ¿cómo desconocer la justicia con que el desheredado pedirá su cubierto en el banquete de la vida, o procurará acelerar a todos los europeos el día de la muerte? Podrá acontecer, y acontecerá de seguro, que, interviniendo de pronto en el conflicto razas salvajes, ora africanas, ora asiáticas, atraídas por la miseria y disolución consiguientes a tales horrores, se reconstruya en cierto modo Europa; pero esa reconstrucción se verificará en nombre de ideales distintos de los de la cultura moderna y a costa de las más preciosas conquistas del mundo cristiano.

«¡Exageración! ¡locura! ¡delirio!...» exclamarán los optimistas y los superficiales al leer estos negros pronósticos... ¡Ah, señores! ¡lo mismo, exactamente lo mismo, pudieron exclamar los sibaritas del Bajo Imperio, la víspera del tremendo día en que los Bárbaros del Norte acabaron con todas las Instituciones de la Gentilidad y convirtieron el viejo Continente en un mar de sangre y en un montón de ruinas! La única diferencia consistirá ahora en que la primera falange de Bárbaros, los más terribles, los iniciadores de la demolición, no vendrán de remotos países, sino que surgirán de entre nosotros, brotarán del suelo que pisamos, saldrán de nuestras fábricas y de nuestras minas, acudirán de nuestros campos y montañas, serán, para decirlo de una vez, esos que hoy figuran taimadamente en las huelgas, o aquéllos que ya se atrevieron un día del presente año a lanzarse contra las tiendas y hoteles de Londres.

VI

Justificación

Conque ahí tienen Vds. todo lo que a éste novelista retirado se le ocurre pensar y decir a propósito del mes de *Diciembre*. Ahí tienen bosquejadas en breves rasgos desde las inocentísimas fiestas y alegrías de mi primera edad hasta las más lúgubres alarmas de mi vejez. Quisiera que mis ideas sobre el porvenir hubiesen sido menos aterradoras; pero esas había dentro de mi alma, e indeliberadamente han resultado estampadas sobre el papel. Por fortuna, mi encargo se reducía a pintar el mes de los hielos y de la casi perpetua noche, y desde este punto de vista no desconoceréis que el retrato tiene algún parecido.

Pedro Antonio de Alarcón

1887

FIN